

ENSAYO DE SOTERIOLOGIA SABATIANA

PREVIA TRIANGULACION

Sin tratar de geometrizar las novelas y tanto menos a los novelistas, una doble triangulación crítica me parece necesaria para determinar el marco nacional y mundial dentro del cual la soteriología sabatiana encuentra su sentido y valor. Naturalmente no podemos sino trazar un esbozo destinado a poner de relieve comparativamente el campo magnético y las líneas de fuerza que definen la creación literaria de Ernesto Sábato, explicando el lugar destacado y el rango señero del escritor en la literatura argentina y en la del mundo. Esta empresa crítica, nada fácil, resulta posible en la situación actual cuando la obra del novelista, quedando indudablemente abierta, permite referencias y juicios de valor con grandes oportunidades de ser definitivos.

Y ahora, los triángulos de situación. En el plano nacional, Sábato forma, con Borges y Cortázar, un supremo triángulo valórico en que son comunes a los tres escritores la propensión a lo transreal y la capacidad de transfigurar las valencias de la argentinidad, convirtiéndolas en destellantes valores universales. En esta configuración, el autor conserva sus calidades específicas y su libertad de movimiento. El se aleja de la glacialidad atemporal de Borges, debido al calor humano que atraviesa su obra y también a la dignidad asumida como testigo del hombre concreto y las tribulaciones de la historia. Frente a Cortázar, Sábato transfiere el centro de gravedad de la narración desde los sucesos asombrosos, fantásticos, a la investigación estremecedora de la psicología abisal, y, sin renunciar al juego de la inteligencia —¡todo lo contrario!—, concede el primer lugar a la vivencia grave, intensa, del drama del hombre, amenazado por el horror del apocalipsis, pero igualmente alentado por su posible salvación, mediante una catarsis que incluye la pureza, el heroísmo, la meditación, la creación artística.

En el plano universal, el triángulo de referencia podría ser reemplazado por un polígono de numerosos lados, integrados por las obras

ardientes e inquietantes creadas a lo largo de los siglos, desde las tragedias de Sófocles y las confesiones de aquel *cor inquietum* que ha sido San Agustín, pasando por *Les Pensées*, de Pascal, sobre la grandeza y la miseria del hombre, hasta *La plongée dans le gouffre* y *Une saison en enfer*, propias de Beaudelaire y Rimbaud. No obstante ello, mantendremos el triángulo, formándolo con autores directamente emparentados con Sábato y a menudo indicados por él: Kafka y Dostoievski. Con Kafka tiene en común la pesadilla y la metamorfosis monstruosa, pero Sábato pasa más allá del escritor praguense, al llevar el horror hasta una visión general, apocalíptica y por el hecho de que el bucle del absurdo atroz es compensado por el bucle de la esperanza, inexistente en Kafka. La delimitación frente a Dostoievski es más difícil. Los dos novelistas patentizan una extraordinaria sensibilidad al problema del mal y a la fosforescencia del mismo, pero, de todos modos, el mal en la obra de Sábato es laico y moderno, moldeado según otro tipo de hombre, el de nuestro fin del siglo, así como la liberación mística del pecado por medio del sufrimiento y el sentimiento de culpa universal quedan foráneos a la soteriología sabatiana, que no desemboca en la humildad y expiación, sino en la digna y hasta orgullosa reacción catártica de los portadores de absoluto.

CARACTERES DE LA SOTERIOLOGIA SABATIANA

Al nivel conceptual, la doctrina de la salvación profesada y propuesta por Sábato se revela ser *integradora, dramáticamente liminaria y patéticamente ascensional*, atributos que corresponden aproximadamente con sus fases lógicas de desarrollo. En general, se puede afirmar que en la soteriología sabatiana pacta de modo ejemplar la tradición y la originalidad. Ella parte de un esquema clásico, muchas veces manejado erróneamente—la dualidad entre la materia y el espíritu—, pero culmina en una moderna dialéctica axiológica destinada a superar esa oposición en una síntesis superior.

La gran mayoría de los autores—sea filósofos que piensan el problema de la salvación, sea artistas que representan su fenomenología—hacen hincapié en la dualidad antropológica mentada, pero establecen entre sus términos una relación de agudo antagonismo, de exclusión. Un maniqueísmo más o menos disfrazado ha separado y sigue todavía separando los dos componentes, identificando uno de éstos con el mal y eliminando el otro del juego. De este modo, el mal ha sido equiparado sucesivamente con la carne diabólica (vs. el alma divina), con la miseria del hombre (vs. su grandeza), con la razón opuesta a la fe o al ímpetu vital, y, finalmente, con *animus* en bronca

matrimonial con *anima*. Los términos de la escisión han sido diferentes, pero sus efectos idénticos: en aras del bien y de la salvación, una parte del ser humano ha sido sacrificada. La originalidad de Sábato como pensador y su poder de impacto como novelista dimanarían del *rechazo de la escisión*. Su antropología acepta la dualidad, pero no para mutilar al hombre, sino para integrarlo en una nueva síntesis en la cual la luz y la sombra se complementan y se potencian recíprocamente. La antropología, o más exactamente la antroposofía de Sábato, continúa y termina en una soteriología ordenada alrededor del ideal de *hombre total*, en que se oponen, pero también se componen, lo espiritual y lo vital, la lucidez del intelecto y la fuerza de los impulsos profundos, sensitivos o emotivos. En esta *coincidentia oppositorum* estriba la dignidad del hombre verdadero que la novela auténtica debe indagar y expresar artísticamente.

Que por su misma hibridez; a medio camino entre las ideas y las pasiones (la novela), estaba destinada a dar la real integración del hombre escindido; a lo menos en sus más vastas y complejas realizaciones. En estas novelas cumbres se da la síntesis que el existencialismo fenomenológico recomienda. Ni la pura objetividad de la ciencia, ni la mera subjetividad de la primera rebelión: la realidad desde un yo, la síntesis entre el yo y el mundo, entre la inconciencia y la conciencia, entre la sensibilidad y el intelecto (*El escritor y sus fantasmas*, p. 20).

Sábato no cultiva el paroxismo catastrófico, tal como lo hacen deliberada y metódicamente los autores de literatura «negra». En su soteriología ya veremos que hay islas de ingenua felicidad, así como en ciertos personajes se percibe una pureza raigal, no sabedora de tentaciones o adversidades. Sin embargo, en lo que atañe a la sucesión, interferencia, y sobre todo el choque entre la luz y las tinieblas, Sábato les confiere una tensión dramática poco común, encaminada ineludiblemente hacia las situaciones-límites y los estados de exaltación. El encuentro del espíritu y del cuerpo se celebra dentro de un ente intermedio—el alma—inspirada en el griego *pneuma*, que media igualmente entre *soma* y *nous*, entre el espíritu y el cuerpo. Sábato se refiere constantemente a un «territorio» en el cual el alma vive, sufre y levanta su vuelo, un territorio desgarrado por llamados contradictorios y en que parecen dominar, por lo menos al principio, el caos, las calamidades y la desesperanza. Hay que sentar claro, ya desde ahora, que Sábato concibe y realiza artísticamente una especie de abrazo—violento, terrible, pero abrazo—entre los dos componentes humanos antagónicos, puesto que el espíritu lucha por manifestarse a través de la materia, procura prender luces en la opacidad de la misma, mientras

la materia conoce momentos en que parece acceder a lo absoluto, retener e irradiar algo de la eternidad del espíritu. Tal correlación, que preside los grandes momentos de la creación sabatiana, no suprime el dramatismo liminario, sino, al contrario, lo hace más complejo y más profundo.

Se pone de manifiesto ahora el tercer rasgo característico de la soteriología de Sábato. El dramatismo violento tiene una razón de ser, una justificación; la integración, un sentido y una dirección. En las últimas tres secciones de este estudio se subrayará que a la submersión en lo inconsciente, en lo nocturno, debe seguir, por lo menos en el arte, la salida a la luz; que a la lucha más áspera le es inherente una aspiración que podríamos rastrear—¿quién sabe?—en ambos combatientes. Este patetismo del ascenso, eso es del tránsito desde el horror al éxtasis, posibilita existencialmente la plenitud y valóricamente la poesía. Es el que lleva, en el primer caso, a la

esperanza de que el mundo iba a ser alguna vez una cariñosa comunidad de libres y fraternales cooperadores (*Sobre héroes y tumbas*, p. 274).

y, en el segundo, al milagro de «escribir para eternizar algo», para «hallar un sentido a la existencia».

EXASPERACION DEL MAL

Cualquiera actividad humana cognoscitiva alcanza la validez a raíz del enfrentamiento y superación de una dificultad, de un impedimento. Es un triunfo sobre cierto obstáculo dado, descubierto o inventado, y esta exigencia se aplica a todos los planos de la *démarche* epistemológica. El pensamiento científico empieza por poner los hechos en problema y, sólo después de resolverlos, sigue su rumbo. La reflexión filosófica nace cuando logra formular las aporías que deberá superar con teorías o sistemas. En el arte, de modo semejante, el creador empieza por cifrar el mundo, más o menos enigmáticamente; deshace la existencia como si cediera a unas fuerzas adversas o, por lo menos, tentadoras, después de lo cual tendrá que descifrar el misterio y rehacer la existencia a la luz de una versión propia de la plenitud.

En la soteriología de Sábato el mal constituye el grande y obsesivo obstáculo, la fuerza misteriosa que degrada y destruye. Esto no anula la estructura y la finalidad humanistas de la soteriología sabatiana, pero nos obliga a hablar abiertamente sobre la gravedad de la advertencia que puntualiza el escritor ante una progresión del mal, captada